

—336—

LA HOJA SECA.

Debeis conocer á Enriqueta.
¿Quién no conoce á una jóven de diez y seis años, de ojos negros, de lábios encendidos, y de semblante encantador y risueño como una mañana de primavera? Además, Enriqueta es una de las flores mas primorosas que embellecen nuestros salones; Enriqueta está en todas partes, y ¡cosa rara! á pesar de verla siempre, su presencia encanta, pues

CAPILLA ALFONCINA
M. A. N. I.

parece que la circunda una auréola de luz que ilumina los sitios por donde ella pasa; parece que es un perfume embriagador que embalsama nuestros campos.

La navegallarda que impelida por un viento bonancible corta las ondas y va dejando una estela de perlas en la espuma del agua, es menos bella que esta bella niña de quien voy á referiros una historia. Enriqueta, por donde pasa, deja una estela que forman sus admiradores.

No os admireis de que Enriqueta tenga una historia que voy á contar. Enriqueta tiene historia, pero no historias. Y ya sabéis que hay notable diferencia entre historia è historias.

Además, no hay hermosa que no hubiese sido objeto de adoracion desde el día de su entrada en el mundo, y por consiguiente, no nos faltan nunca lances que referir é intrigas que contar, á nosotros los que tenemos afición á ocuparnos de la vida agena, y mas si se trata de una niña pura y angelical.

Hablemos, pues, de Enriqueta.

Pero os advierto, antes de comenzar, que no culpeis á su amante de indiscreto, al leer esta breve historia.

Las muchachas, como se dice vulgamente, nos inculpan á los hombres cuando se divulgan sus amoríos; y es que olvidan que ellas son las que los confían *secretamente* á todas sus amigas de confianza, y entre estas no falta alguna vez una que, tambien en *secreto*, nos los cuenten á los que estamos buscando materia para entretenernos con algun escrito que no hable de política.

Hecha esta aclaracion, entremos en materia.

II.

Estamos en la Alameda.

El invierno cruel, como diría un poeta, arrebató sus galas á los fresnos y á las flores de este hermoso paeo. Sus calles tienen por alfombra las amarillentas hojas secas, y ha desaparecido el verde dosel que formaban las ramas entretrojadas; los rayos del sol que ayer no podían penetrar sino débilmente y por entre las hojas de los árboles, bañan hoy, en todo su esplendor, la Alameda. ¡Qué tristes están los fresnos sin su verde manto! En las mañanas de los días no festivos, solo se escucha sobre las destrozadas hojas esparcidas en el suelo, el paso de algún desgraciado que piensa en su miseria, los de uno que otro

hombre aficionado á la meditacion, y los de aquellos á quienes un facultativo ha prescrito un ejercicio cotidiano. En las tardes, allí donde á la hora misteriosa del crepúsculo veíamos morir al astro rey, embriagados con el perfume del bosque y arrullados por el ruido de las hojas mecidas por el viento, nos parece que estamos en un sombrío cementerio. Las fuentes remedan un suspiro; las aves han volado á otras regiones; todo es desolacion, todo tristeza.

Mientras se repita en el mundo la caída de las hojas, los hombres verán en ella una imagen fiel de lo que en la vida pasa, y recordarán estos hermosos versos de Espronceda, que no hay quien no sepa de memoria; pero que no por eso dejan de ser tan bellos, cuanto llenos de verdad y de armonía:

Hojas del árbol caidas,
Juguete del viento son;
Las ilusiones perdidas
¡Ay! son hojas desprendidas
Del árbol del corazon.

CAPILLA ALFONSO
UNIVERSIDAD DE LA FUERTE PORTA
MADRID

Me he divagado, pero ¿qué quereis? al llevaros á la Alameda, que es el sitio en donde pasan algunas de las mas importantes escenas de mi relato, me encontré con que estaban cayendo las hojas, y me dejé arrostrar de mis sentimientos.

Enriqueta estaba tan bella como os la he descrito, en la Alameda, hace muy pocos domingos.

Y allí tambien estaba su novio.

Porque habeis de saber que Enriqueta tiene un novio. ¿Qué muchacha bonita no lo tiene?

III.

Antes de pasar adelante, bueno será que os dé á conocer al novio de Enriqueta.

Se llama Atanasio.

El nombre no puede ser mas feo, ¿verdad?

Sin embargo, Atanasio no es tan feo como su nombre; es un poco menos feo que los demas hombres, y básteos saber esto, pues creo que la cuestion de hermosura en un hombre, os tendrá, como á mí, sin cuidado.

A Enriqueta no le pareció mal cuando le hizo el *oso*, y le correspondió.

En este paso hubo mucho de curiosidad.

Enriqueta no habia tenido un novio hasta entonces, y cada vez que sus amigas la hacian sus confiancias, se moria ella de envi-

CAPITULO ALFONSO
M. A. N. I.

dia y se desesperaba porque no tenía qué contar.

Atanasio es un estudiante de San Ildefonso: dicen que es aplicado, pero que nunca llegará á pasar de una medianía, si es que no queda entre la lista de las vulgaridades.

Parece que el cielo no fué muy pródigo con él, y que si se perdieran ciertos inventos, no sería seguramente quien los volviese á hallar.

Pero Atanasio, ya lo hemos dicho, no es feo, y Enriqueta deseaba tener novio.

La familia de Enriqueta espera que el estudiante, como es demasiado jóven, y no muy perspicaz, no dejará burlada á la niña.

Se me olvidaba contaros que Atanasio es celoso.

¡Ah! y los celos del estudiante son feroces; y como él es algo brusco, y como Enriqueta tiene ojos picarescos, y como gusta á todos y todos se la quedan viendo, hé aquí que muy fácilmente se nubla el cielo de los amantes, y de temerse es..... pero esto sería adelantarse los sucesos.

¿Enriqueta ama á Atanasio?

Es su novia, contestan todos.

Pero yo respondo haciendo otra pregunta:

¿Puede una mujer de talento amar á un tonto?

Atanasio ama á Enriqueta, esto es innegable; pero no puede halagar su imaginacion.

Hay otra circunstancia deplorable para el estudiante: es novio oficial.

En su camino no hay obstáculos, y un amor así, fácilmente se convierte en monótono.

CAPILLA ALFONSIÑA
MUSEO DE HISTORIA NATURAL
MUSEO DE HISTORIA NATURAL
MUSEO DE HISTORIA NATURAL

IV.

Estamos otra vez en la Alameda.

Continúan cayendo las hojas, formando una lluvia que molesta á todos, pero que á mí me agrada sobre manera. Me recuerdan aquellos lindos versos de Salaverry.

Las hojas de las ramas desprendidas
Parece que sollozan al morir.

Enriqueta estaba agradablemente entretenida quitándose las hojas secas que sobre ella caían, cuando entre ellas distinguió una amarilla, es verdad, pero tersa, y en cuya superficie podía muy bien grabarse una cifra, más todavía, un verso ó un período cualquiera.

Sacó un diminuto lapicero de oro, y escribió dos palabras sobre la hoja seca.

Supongo que no necesitareis saber qué decían esas palabras. Una jóven como Enriqueta, qué otra cosa habia de escribir sino frases de amor; por ejemplo, esta: "Te amo."

En los momentos en que Enriqueta escribía, se aproximó á ella su novio. Por uno de aquellos actos instintivos, ocultó ella inmediatamente la hoja seca.

Los celos del estudiante se despertaron de una manera terrible.

Tomó asiento al lado de su novia, y con dureza le dijo:

—¿A quién estabas escribiendo?

—A tí, repuso Enriqueta con naturalidad.

—Me engañas: tú escribías á otro que no soy yo.

—Pero..... mira..... me ofendes.

—¿Por qué ocultaste ese papel?

—No era papel, era una hoja seca.

—¿Enriqueta! dame ese papel.

—Toma la hoja que de tal me servía.

—A mí no se me engaña tan fácilmente.

—Te juro que.....

—Ese papel, ó hemos roto para siempre.

CAPILLA ALFONCINA
BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE VALPARAISO

—Será como vd. guste, amigo mio; dijo le Enriqueta, cuya calma estaba ya tocando á su término.

—¿No me das ese papel?

—Toma la hoja, Atanasio; y dirigiéndose á a amiga que la acompañaba, la preguntó: ¿Verdad que aquí escribia?

—¿Sí; ¿por qué? contestó la amiga.

Pero Atanasio se despidió bruscamente y nada repuso.

En aquel momento pasaba un jóven elegante.

Enriqueta, exasperada, arrojó la hoja seca al suelo.

V.

Tenemos que retroceder algun tiempo.

En la Noche Buena, Enriqueta concurrió á la última y espléndida *posada* que dió el señor X.....

Como debeis suponer, allí se encontraba un número bien considerable de hermosas y de galañes, y tambien, y por desgracia, no pocas viejas.

Pero á vosotros no interesan otros de los concurrentes, sino Enriqueta y Cárlos.

Cárlos es un jóven de fisonomía franca y simpática, y de maneras muy finas. Hay que detenerse en todos estos detalles, porque la juventud masculina se está haciendo demasiado brusca, ó despreocupada, como ella dice.

Cárlos es abogado de profesion, y tiene en la sociedad una posicion digna. Pero lo que le hace atraerse la amistad de cuantos le hablan, es la dulzura de su trato y la finura de sus maneras, como ya dijimos. Cárlos, á pesar de que es amigo de todos, no tiene las malas costumbres de muchos; es un hombre de corazon, y con esto queda dicho lo demas.

Pues bien, este jóven conocia á Enriqueta, y sentia hácia ella una atraccion invencible.

Durante largo tiempo anheló llegar á ella, y no hubo por desgracia una oportunidad favorable.

Pero llegó la Noche Buena, y Cárlos fué presentado á nuestra hermosa heroina.

Cárlos y Enriqueta bailaron esa noche varias piezas.

Cárlos no desagradó á la jóven; pero preciso es confesarlo, desde que comprendió que Cárlos la iba á hablar de amor, con bastante naturalidad y talento le hizo una confidencia. "Mi novio no fué invitado á esta *posada*." Breve fué la confidencia, pero oportuna.

Sin embargo, Cárlos estaba enamorado, y juró á Enriqueta que la amaria siempre, y que si algun dia terminaba ella sus relaciones con el estudiante que conocemos, volveria á solicitar su mano.

Cárlos supo llevar las cosas á una altura de caballerosidad y de ternura tales, que Enriqueta comenzó á hacer comparaciones entre su novio oficial y su nuevo pretendiente. Mis lectores dirán si el resultado seria muy satisfactorio para el primero.

Hecha esta que parece digresion, pero que no lo es, debeis saber una cosa.

Cárlos es el jóven elegante que pasó frente á Enriqueta en los momentos en que ella arrojaba la hoja seca.

VI.

La brusquedad del novio oficial, y lo llamaremos así porque su nombre, como habéis oído, es poco simpático, mortificó de tal suerte á Enriqueta, que no pudo ménos que suplicar á su amiga se retirasen de la Alameda.

Así lo hicieron al punto, y cuando Cárlos volvió á pasar por el sitio en que las dos amigas habian estado sentadas, las encontró de menos.

Tan repentina ausencia no fué una contradicción para el enamorado jóven. Por el contrario, vino á sacarlo de la insertidumbre cruel en que se hallaba.

Porque han de saber mis lectores, si hasta

hoy no se han fijado en esta circunstancia, que los enamorados tienen algunos sentidos más que cualquiera otro hombre, ó en tal desarrollo, tan despiertos los que poseemos todos, que no hay cosa, por insignificante que parezca, que no perciban, y que no signifiquen algo para ellos.

Cárlos vió que al pasar él, Enriqueta arrojó una hoja amarilla; y como tambien la habia visto con un lapicero en la mano, sintió agitarse en su corazon todo un mundo de esperanzas, acarició en su mente mil y mil ilusiones, hermosas y halagadoras como una sonrisa de Enriqueta.

Cualquiera otro hubiera confundido la hoja arrojada por Enriqueta con los millares de hojas que rodaban por el suelo esa mañana; pero Cárlos estaba enamorado, y tenia la doble vista, el doble entendimiento de que os he hablado ya.

La hoja en cuya superficie estaba escrita esta frase, breve pero elocuente y dulce, "te amo," quedó en poder del enamorado jóven Cárlos.

Dejémosle en medio de ese océano de conjeturas, de ilusiones, de esperanzas; dejémosle soñando que el mundo es un cielo, y volvámos á Enriqueta.

¿Intencionalmente arrojó Enriqueta la hoja seca al pasar Carlos?

Al escribir en ella toda una declaración de amor, ¿pensó en su novio oficial, ó en su pretendiente?

Puedo asegurar que ni ella misma puede darse cuenta de esto.

Mientras Atanasio rabiaba por cuatro, Carlos soñaba por veinte. ¡Este es el mundo!

VII.

Cuando Enriqueta llegó á su casa, refirió á sus padres la escena de la Alameda, con toda verdad y sencillez.

El papá juzgó que todo aquello era una niñería, y que no podía traer consecuencia alguna.

La mamá se obstinó en que era grave, muy grave el asunto, y que en conclusion, Enriqueta iba á quedarse sin novio. Y sus palabras fueron tan exageradas, pintó la situación con tan vivos colores, que la pobre niña se puso á llorar.

Llorando estaba cuando cruzó por su pensamiento la imagen de Carlos.

Si *ese* me abandona, Carlos será mi novio,

se dijo Enriqueta; y esta idea la tranquilizó y enjugó sus lágrimas. Y más aún, le infundió tal energía, que pensó así: Atanasio vendrá hecho una fiera, como de costumbre, pero yo no le soportaré como hasta aquí; preciso es darse una su lugar.

En efecto, llegó el novio oficial con todos los humos que gastan los que son de esa categoría.

No estará de mas que yo repita que era bruto.

Llegó..... y aquí fué Troya.

Enriqueta, contra su costumbre, llamó inmediatamente á su mamá, para que en su presencia quedase resuelta la cuestion.

Si Atanasio era torpe á solas, ante su futura suegra perdió el poco aplomo que tenia.

Enriqueta, por el contrario, desplegó todo su talento, y confundió á su novio, y le probó que la habia faltado.

Pero Atanasio, con el orgullo propio de los que piensan poco, en vez de dar una satisfaccion á Enriqueta, pronunció algunas frases inconvenientes.

Aquí redobló la jóven sus esfuerzos; la torpeza del novio no tuvo límites, y aun la mamá, antes tan favorable á él, tuvo que declararse en contra suya.

En aquellos momentos llegó la amiga que acompañaba á Enriqueta en la Alameda. No pudo ser mas oportuna su presencia, pues su testimonio acabó de decidir á la mamá de Enriqueta en su favor.

El novio, el desgraciado novio, exclamó confuso:

—Todo esto no es mas que una intriga; se me quiere retirar, lo comprendo: adios.

Enriqueta estaba libre.

VIII.

Dejamos á Cárlos en el momento en que tenia en sus manos la hoja en que Enriqueta escribió aquellas dos palabras que él anhelaba escuchar de los lábios de la hermosa jóven.

Una vez en su poder la preciosa prenda, Cárlos no pensó sino en hacer un uso conveniente de ella, animado por esa intuición que solo el verdadero amor alcanza.

No tardó mucho en presentarse la ocasión que el amante necesitaba.

Enriqueta, como os dije al principio, concurre á todas partes, y es el encanto de los salones.

Pues bien, no hace muchas noches fué in-

vitada á uno de esos bailes agradables hasta lo sumo por su carácter franco, y, por decirlo así, nacional; bailes llamados de *compadres*.

La retirada del novio no habia influido en el ánimo de Enriqueta de tal modo, que le impidiese concurrir galana y placentera á un baile de *compadres*.

Cuando penetró al salon principal en que debia tener lugar el baile, la primera persona á quien vió fué á Cárlos, que habia llegado momentos antes, y que estaba aún saludando á los señores de la casa; y como la mamá de Enriqueta y ella tenian que cumplir con igual deber encontróse bien pronto Cárlos al lado de su pretendida, á quien desde luego pidió algunas piezas, que ella le con- cedió gustosa.

Comenzó el baile.—Dicen que es inmenso el placer de los que bailan.

A mí me han contado muchos lances de los que se ofrecen en los bailes; he oido mil y mil veces ponderar los goces que entonces se disfrutan, pero hay una cosa que me preo-

cupa sobremanera, y es, que ni los hombres de corazon ni los de talento, bailan sino muy rara vez, y por lo comun los que aman de veras, por bailadores que sean, no ven con placer que sus novias bailen.

Qué haya en esto, no puedo decirlo yo, porque á pesar de poderosas tentaciones que he tenido, no he logrado hacerlo hasta hoy, y creo que no lo haré nunca.

Decia yo que comenzó el baile.

IX.

—¿Y el novio de vd., Enriqueta, no fué invitado tampoco hoy?

—¿Minovio?

—Sí, aquel de que me habló vd. en el baile de Noche Buena.

—Dirè á vd., Carlos: mi novio..... pero, ¿á vd. le interesa acaso saber si vino ó si no vendrá, ó mejor dicho, si tengo ó no tengo novio?

—Como vd. me habló de él aquella noche.....

—Fué una broma que me permití con vd. Yo no tengo novio. Quise conocer á vd., esto fué todo.